

ANTINOMIAS DE LA CULTURA ACTUAL

El Papa **Juan Pablo II**, hoy ya proclamado Santo, en el curso de su primer viaje apostólico a África habló sobre la relación entre la cultura y la fe. Recordamos algunas de sus palabras: *“Es verdad siempre que el camino de la cultura es el camino del hombre y que sobre este camino es donde el hombre vuelve a encontrar al Único que reúne en sí los valores de todas las culturas y que en él mismo revela plenamente al hombre de cada cultura... Es en este camino de la cultura donde el Evangelio de Cristo, el Verbo encarnado, se inserta y, a partir de allí, continúa ofreciendo el mensaje de salvación y vida eterna”*.

Comentando este texto, el cardenal **Paul Paupard**, en una conferencia que pronunció en el Centro Cultural de Chantilly el 5 de octubre del 93, se expresó de esta manera: *“Como dijo también en Manila (el mismo Juan Pablo II), desde los primeros tiempos de la evangelización, el Evangelio ha aprendido a expresar la verdad de Cristo con la ayuda de las ideas y en la cultura de los diferentes pueblos. También hay una interacción incesante y vital entre el Evangelio y las culturas, y el vínculo fundamental del Evangelio –del mensaje de Cristo y de la Iglesia- con el hombre en su humanidad misma es creador de cultura en su mismo fundamento”*.

En este mismo contexto convendría recordar las dificultades y tareas que, según el Concilio Vaticano II, tenemos que afrontar con urgencia para encontrar una perfecta sintonía entre las culturas y la fe. La Constitución **Gaudium et spes**, nº 56, nos alertó:

“En esta situación no hay que extrañarse de que el hombre, que siente su responsabilidad en orden al progreso de la cultura, alimente una más profunda esperanza, pero al mismo tiempo note con ansiedad las múltiples antinomias existentes, que él mismo debe resolver:

1 – ¿Qué debe hacerse para que la intensificación de las relaciones entre las culturas, que debería llevar a un verdadero y fructuoso diálogo entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, no eche por tierra la sabiduría de los antepasados ni ponga en peligro el genio propio de los pueblos?

2 – ¿De qué forma hay que favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones? Esto es especialmente urgente allí donde la cultura, nacida del enorme progreso de la ciencia y de la técnica se ha de compaginar con el cultivo del espíritu, que se alimenta, según diversas tradiciones, de los estudios clásicos.

3 – ¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?

4 – ¿Qué hay que hacer para que todos los hombres participen de los bienes culturales en el mundo, si al mismo tiempo la cultura de los especialistas se hace cada vez más inaccesible y compleja?

5 – ¿De qué manera, finalmente, hay que reconocer como legítima la autonomía que reclama para sí la cultura, sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión?

En medio de estas antinomias se ha de desarrollar hoy la cultura humana, de tal manera que cultive equilibradamente a la persona humana íntegra y ayude a los hombres en las tareas a cuyo cumplimiento todos, y de modo principal los cristianos, están llamados, unidos fraternalmente en una sola familia humana”.

¿Acertaremos a mantener un diálogo sincero y profundo entre la fe y la cultura?